

“ todo el pasado atacaron igualmente las instituciones
 “ de la *ciudad* y las preocupaciones de la religión; exa-
 “ minaron y discutieron atrevidamente las leyes que
 “ aun gobernaban el Estado y la familia; iban de ciu-
 “ dad en ciudad predicando principios nuevos, ense-
 “ ñando, no precisamente la indiferencia entre lo justo
 “ y lo injusto, sino una nueva justicia menos estrecha
 “ y menos exclusiva que la vieja, más humana, más ra-
 “ cional, más alejada de las viejas edades. Esta fué una
 “ empresa atrevida que sublevó una tempestad de odios
 “ y de rencores: se acusó á los sofistas de no tener ni
 “ religión, ni moral, ni patriotismo; pero la verdad es
 “ que sobre todas estas cosas, no tenían una doctrina
 “ bien definida y creían haber hecho bastante cuan-
 “ do habían combatido las preocupaciones. Ellos remo-
 “ vían, como dice Platón, lo que hasta entonces había
 “ sido inamovible; ellos colocaban las reglas del sen-
 “ timiento religioso y de la política en la conciencia hu-
 “ mana y no en las costumbres de los antiguos y en la
 “ antigua tradición; ellos enseñaban á los griegos que
 “ para gobernar un Estado, no basta invocar usos anti-
 “ guos y leyes sagradas, sino que es preciso persuadir
 “ á los hombres y obrar sobre sus voluntades libres.
 “ Al conocimiento de las antiguas costumbres sustituían
 “ el *arte de razonar* y hablar, la dialéctica y la retóri-
 “ ca. Sus adversarios se acogían á la tradición; ellos
 “ se acogían á la elocuencia del espíritu.”

93. “Una vez despertada así la reflexión, el hom-
 “ bre no quiso ya creer sin darse cuenta de sus creen-
 “ cias, ni dejarse gobernar sin discutir sus institucio-
 “ nes; dudó de la justicia de las viejas leyes sociales
 “ y se presentaron á su espíritu otros principios. Pla-
 “ tón pone en la boca de un sofista estas bellas pala-
 “ bras: *á todos vosotros que estais aquí os considero*

“ como parientes; la *naturaleza* á defecto de
 “ la ley, os ha hecho conciudadanos; pero la ley, este ti-
 “ rano del hombre, hace violencia á la naturaleza en mul-
 “ titud de casos. Oponer así la *naturaleza* á la ley y á la
 “ costumbre, era atacar en sus fundamentos mismos la
 “ política antigua. En vano los atenienses arrojaron á
 “ Protágoras y quemaron sus escritos; el golpe estaba
 “ dado; el resultado de la enseñanza de los sofistas ha-
 “ bía sido inmenso; la autoridad de las instituciones
 “ desaparecía con la autoridad de los dioses naciona-
 “ les y el hálito del libre examen se propagó en los ho-
 “ gares y en la plaza pública.”

94. “Sócrates mismo, aunque reprueba el abuso
 “ que los sofistas hacen de su derecho de dudar, per-
 “ tenecía, sin embargo, á esa escuela. Como ellos re-
 “ chazaba el imperio de la tradición y creía que las reglas
 “ de la conducta estaban grabadas en la *conciencia hu-*
 “ *mana*; y no difería de los sofistas, sino en que es-
 “ tudiaba esta ciencia religiosamente y con el firme
 “ deseo de encontrar allí la obligación de ser justo y de
 “ hacer el bien, poniendo la verdad sobre la costumbre
 “ y la justicia sobre la ley. Divorciaba la moral de la
 “ religión, siendo así que antes de él no se concebía el
 “ deber sino como un decreto de los antiguos dioses;
 “ y en todo esto, queriéndolo ó nó, hacía la guerra á
 “ los cultos de la ciudad.... Después de Sócrates, los
 “ filósofos discutieron con toda libertad los principios
 “ y las reglas de la conciencia humana. Platón, Cri-
 “ tón, Arthisthenes, Speusipo, Aristóteles, Theofrasto
 “ y muchos otros escribían tratados sobre la política.
 “ Investigaron, examinaron; y los grandes problemas
 “ de la organización del Estado, de la autoridad y de la
 “ obediencia, de las obligaciones y de los derechos, fue-
 “ ron planteados ante todos los espíritus.”

95. "Sin duda el pensamiento no puede divorciarse
 " aun de los lazos de la costumbre que le aprisionaron.
 " Platón sufre aun en ciertos puntos el imperio de las
 " viejas ideas; el Estado que imagina es todavía la ciu-
 " dad antigua; ella es estrecha; no debe contener más
 " que 5,000 miembros; el Gobierno está regulado aun
 " según los antiguos principios; la libertad es descono-
 " cida; el objeto que el legislador se propone es menos
 " el perfeccionamiento del hombre que la seguridad y
 " grandeza de la asociación; la misma familia es casi
 " ahogada para que no haga competencia á los poderes
 " de la ciudad. El Estado sólo es propietario, sólo él es
 " libre; sólo él tiene voluntad; sólo él tiene religión y
 " creencias y cuaquiera que no piense como él debe
 " perecer. Y sin embargo, en medio de estas ideas atra-
 " sadas Platón proclama como Sócrates y como los so-
 " fistas que la regla de la moral y de la política está en
 " nosotros mismos, que la tradición no es nada, que es
 " la razón la que debe ser consultada, y que las leyes
 " no son justas, sino en tanto que son conformes á la
 " naturaleza humana. Estas ideas se encuentran más
 " precisas ya en Aristóteles. *La ley, dice, es la razón;*
 " y enseña que es preciso buscar no lo que es conforme
 " á las costumbres de los antiguos, sino lo que es bue-
 " no en sí, agregando que á medida que el tiempo mar-
 " cha, es preciso modificar las instituciones. Nuestros
 " primeros padres (dice) ya sea que hayan nacido del
 " seno de la tierra, ya sea que hayan sobrevivido á algún
 " diluvio, se asemejaban según toda probabilidad, á lo
 " que hoy hay de más vulgar é ignorante entre los hom-
 " bres; y sería por lo mismo un evidente absurdo ate-
 " nerse á la opinión de esas gentes. "Aristóteles, co-
 " mo todos los filósofos desconocía absolutamente el
 " origen religioso de la naturaleza humana; no habla

" de los pritaneos; ignora que estos cultos locales han
 " sido el fundamento del Estado." "El Estado (dice)
 " no es otra cosa que una asociación de seres iguales
 " buscando en común una existencia feliz y fácil." De
 " esta manera la filosofía rechaza los viejos principios
 " de la sociedad y busca un nuevo fundamento sobre
 " que puedan apoyarse las leyes sociales y la idea de la
 " patria.

96. "La escuela cynica vá más lejos; niega la pa-
 " tria misma. Diógenes se envanecía de no ser ciuda-
 " dano de ninguna parte y Crates decía que su patria
 " era el desprecio de la opinión de los demás. Los cy-
 " nicos agregaban esta verdad entonces nueva: que el
 " hombre es ciudadano del universo, y que la patria no
 " es el estrecho recinto de una ciudad; y consideraban
 " el patriotismo municipal como una preocupación, su-
 " primiendo del número de los sentimientos, el amor á
 " la ciudad. Por disgusto ó por desdén los filósofos se
 " alejaban cada día más de los negocios públicos. Só-
 " crates había llenado sus deberes de ciudadano; Pla-
 " tón había procurado trabajar en favor del Estado re-
 " formándolo; pero Aristóteles ya más indiferente se
 " limitaba al papel de observador haciendo del Estado
 " un objeto de estudios científicos."

97. "Llega su turno á los estoicos que se ocupan
 " en política. Zenon, Cleantho, Chrysisipo escriben nu-
 " merosos tratados sobre el gobierno de los Estados;
 " pero sus principios están muy lejos de la vieja políti-
 " ca municipal, y hé aquí en que términos un antiguo
 " nos instruye sobre las doctrinas que tenían sus escri-
 " tos. "Zenon en su tratado del gobierno se ha propues-
 " to demostrarnos que no somos los habitantes de tal
 " pueblo ó de tal ciudad, separados los unos de los otros
 " por un derecho particular y leyes exclusivas, sino

“ que debemos ver en todos los hombres conciudadanos,
 “ como si todos perteneciésemos al mismo pueblo ó la
 “ misma ciudad. “Se vé por esto, qué camino habían
 “ recorrido las ideas de Sócrates á Zenon. Sócrates se
 “ creía aún obligado á adorar, en cuanto le era posible,
 “ á los dioses del Estado ; Platón no concebía aún otro
 “ gobierno que el de una ciudad ; pero Zenon pasando
 “ sobre estos estrechos límites de la asociación hu-
 “ mana, desdeña las divisiones que la religión de las
 “ viejas edades ha establecido, y como él concibe al Dios
 “ del universo, tiene también la idea de un Estado en
 “ el que entrara la humanidad entera. (1)

98. Pero hé aquí un principio más nuevo aún. El
 “ estoicismo ensanchando la asociación humana eman-
 “ cipa al individuo, y como rechaza la religión de la
 “ ciudad, rechaza también la servidumbre del ciudada-
 “ no y no quiere que la persona humana sea sacrificada
 “ al Estado. Distingue y separa netamente la parte de
 “ libertad que debe quedar al hombre y emancipa á lo
 “ menos la conciencia. Enseña al hombre que debe en-
 “ cerrarse en sí mismo, encontrar en sí el deber, la vir-
 “ tud, la recompensa ; no le prohíbe ocuparse en los ne-
 “ gocios públicos, al contrario, le invita á ello, pero ad-
 “ virtiéndole que su principal trabajo debe tener por
 “ objeto su mejoramiento individual y que sea cual fue-
 “ re el gobierno, su conciencia debe permanecer inde-
 “ pendiente. Gran principio que la ciudad antigua ha-
 “ bía siempre desconocido ; pero que debía un día con-
 “ vertirse en una de las reglas más santas de la polí-
 “ tica.”

99. “Se comienza entonces á comprender que hay

(1) Marco Aurelio decía: *Como Antonino tengo por patria á Roma; como hombre, mi patria es el mundo.*

“ otros deberes que los que se tienen para con el Esta-
 “ do y otras virtudes que las virtudes cívicas. El alma
 “ se adhiere á otros ideales que no son comúnmente la de
 “ patria. La ciudad antigua había sido tan omnipotente
 “ y tiránica que el hombre la había hecho el solo ob-
 “ jeto de todo su trabajo y de todas sus virtudes ; ella
 “ había sido la única regla de lo bello y de lo bueno y
 “ no había heroísmo sino para ella. Más hé aquí que
 “ Zenon enseña al hombre que tiene una dignidad, no
 “ de ciudadano, sino de hombre ; que además de sus de-
 “ beres para con la ley, tiene otros para consigo mismo
 “ y que el supremo mérito no es el de vivir y morir por
 “ el Estado, *sino ser virtuoso y agradar á la Di-*
 “ *vinidad.* Virtudes un poco egoistas y que dejan pe-
 “ recer la independencia nacional y la libertad ; más
 “ por las cuales el individuo se engrandece. Las vir-
 “ tudes públicas iban decreciendo, pero las virtudes
 “ personales brotaron y aparecieron en el mundo. Tu-
 “ vieron desde luego que luchar ora contra la corrup-
 “ ción general, ora contra el depotismo ; pero se arra-
 “ garon poco á poco en la humanidad y á la larga se
 “ convirtieron en un poder que todo gobierno debió te-
 “ ner en cuenta y fué preciso que las reglas de la po-
 “ lítica fueran modificadas para que esas virtudes tu-
 “ viesen su lugar.”

100. “Así se transformaron poco á poco las creen-
 “ cias ; la religión municipal, fundamento de la ciudad,
 “ se extinguió ; el régimen municipal, tal como lo ha-
 “ bían concebido los antiguos, debió caer con ella, y se
 “ operó insensiblemente el divorcio de esas reglas riguro-
 “ sas y de esas formas estrechas de gobierno. Ideas
 “ más altas impulsaban á los hombres á formar socieda-
 “ des más grandes ; sentíanse arrastrados hácia la uni-
 “ dad, y esta fué la aspiración general de los dos siglos

“ que precedieron á la era cristiana. Es cierto que los
 “ frutos que llevan estas revoluciones de la inteligencia,
 “ son muy tardíos en madurar; pero vamos á ver, es-
 “ tudiando la conquista romana, que los acontecimien-
 “ tos marchaban en el mismo sentido que las ideas, que
 “ ellos tendían á la ruina del viejo régimen municipal
 “ y que preparaban nuevos modos de gobierno.”



X.

El Derecho Natural.

101. Pueblo privilegiado aquel cuyo espíritu des-
 pierta por vez primera en la historia del género huma-
 no la conciencia de que el universo está regido por *le-
 yes naturales*, por un *orden* inflexible al que obedecen
 todos los seres y todos los movimientos de la naturale-
 za; suelo privilegiado, el suelo de la Grecia, donde por
 vez primera la humanidad sintió el absurdo de oráculos
 pueriles, de milagros perpetuos, de intervenciones so-
 brenaturales de dioses y diosas del Olimpo de Homero
 en los negocios de la vida humana, sujetando á sus ca-
 prichosas y volubles voluntades los destinos de las so-
 ciedades, el curso de las leyes físicas y hasta el movi-
 miento de los astros; raza inmortal aquella que adivinó
 y tradujo la armonía del mundo físico en la elocuencia
 de sus mármoles y en las líneas del Parthenon; y la har-
 monía del mundo moral en la sublime resignación de Só-
 crates bebiendo la cicuta.